

CAPÍTULO XVI

Narración de la mujer herida. — Hallazgo de su hija. — Justicia seca. — El alcance del Bulldog.

Concluyeron las aguas y continuaron los hermanos en su comercio, granjeándose por su liberalidad y buena conducta mil simpatías con cuantos los trataban, á la vez que infundían un miedo cerval á los bandidos que diariamente aparecían y á quienes intimidaban haciendo que llegaran á sus oídos las palabras rancherotas con que los ahuyentaban de su tránsito, diciéndoles : « No sean sinvergüenceros, trabajen, expongan su dinero, arriesguen tantito el pellejo, rífense con quien les pueda contrarrestar, cuidado cómo se nos ponen á tiro porque los echamos á dormir, y nunca dejaremos de colgar á cuanto malariado quiera estorbarnos el camino por donde trabajamos. » Y otras expresiones por el estilo bastante claras para que fueran bien comprendidas. Luego que llegaron al sitio donde dejó Astucia á la mujer herida, se fueron todos llenos de curiosidad á verla, se la encontraron muy restablecida y después de demostrarles su reconocimiento con expresiones y lágrimas de gratitud, les contó lo siguiente :

— Soy natural de Tasco, huérfana de padre y madre, y viuda de D. fulano..., dueño de una fábrica de aguardiente situada á orillas de Yautepec; voy á cumplir veinticuatro años, y me llamo María de Jesús R. de N. sin contar con más parientes que una tía que se halla en México, y por familia una niña que lloro perdida. Desde mucho antes de casarme me anduvo solicitando D. H., sujeto de suposición por sus intereses, influjo, y buenas relaciones, pretendiendo que le correspondiera su cariño, tratando de deslumbrarme con ofrecimientos halagadores, para constituirme el juguete de sus perversos caprichos, pues

siendo hombre casado ningún buen fin podía yo esperar de sus propuestas, y naturalmente jamás le dí la más remota esperanza; excusaba su encuentro, me hacía sorda á sus palabras, y no hallaba cómo hacerlo desistir de su torpe proyecto, llegando las cosas hasta el extremo de amenazarme con que me había de robar cuando menos lo esperara, esto me precipitó á casarme, con lo cual quedó todo sofocado según me pareció; pero por mi desgracia no fué así, pues sin prescindir aquel perverso de sus malas intenciones, se hizo amigo íntimo de mi marido, lo habilitaba con mieles, y se presentaba á mi casa con ese pretexto, aprovechando cuantos momentos podía en abusar de su confianza, diciéndome mil torpes necedades, á las que nunca me quise dar por entendida conservándome sordamuda; pero á pesar de eso, se obstinó de tal manera y con tal descaro, que mi marido conoció su proceder y dudó de mi fidelidad, volviéndose muy receloso, desconfiado é impaciente; pero no me dijo una palabra, sino que se propuso espiar todas mis acciones hasta que persuadido de mis maneras, me confesó su amarga situación, yo francamente le conté todo, y esto fué causa de que de amigos íntimos, se volvieron encarnizados enemigos. Habiendo salido mal mi perseguidor en la primera ocasión que se hubieron á las manos pues bien golpeado, desarmado y corrido, se retiró del sitio en que se agarraron, jurando vengarse, y como la generalidad de los pillos son cobardes, no perdonaba medio alguno con que perjudicarnos, hasta el extremo de denunciar á mi marido como cómplice de una conspiración, y otras infamias por el estilo, sin dejar por esto de mandarme decir mil necedades que yo despreciaba más y más; por fin, todo fué tomando proporciones, y el día menos esperado me fueron trayendo á mi esposo asesinado, diciendo que lo habían encontrado desnudo y muerto en el camino de Cuernavaca; á aquella desgracia se siguieron otras consiguientes, denunciaron el intestato, aparecieron multitud de acreedores, embargaron la fábrica, y llegó la cosa al grado de que dudaron de la legitimidad de mi matrimonio y por supuesto de la de mi hija; todo, incluso el asesinato, fué promovido por aquel pícaro, pues á cada ocurrencia me repetía sus protestas y amenazas, y como hombre de suposición, hacía y desha-

cia cuanto se le antojaba, tanto que con el pretexto de primer acreedor se constituyó depositario, refaccionario, y quién sabe cuántos títulos tenía en esos enredos. Al principio se me pasaba un diario, y estaba en mi casa como siempre, luego fueron desalojándome, hasta que por fin arrinconada con mi chiquilla, estaba en el más inferior cuarto como por caridad, y paró en que me echaran á la calle; de todos los dependientes y operarios de la casa, sólo uno se me mostró fiel, afecto y oficioso, y fué nada menos que el bandido Alacrán, quien con la hipocresía más grande me servía y lamentaba mis infortunios, proporcionándome su propia casa para refugiarme, no siendo verdaderamente, como al fin lo he descubierto, sino el vil instrumento de mi brutal enemigo. Cuando aun estaba en mi casa, se me fué presentando á media noche en mi recámara aquel sujeto, desperté azorada de verlo acercarse á mi lecho, pues como tenía alta una lámpara que servía de veladora, no tuvo facilidad de apagarla. — ¿Qué busca vd. aquí? le pregunté sentándome sorprendida. — Muy bien lo sabe vd., Chuchita, me respondió; es necesario que no se muestre tan esquivia, ya le he dicho mil veces que la adoro, no sea boba, médite su situación, yo tengo su suerte en mis manos, no por caprichosa se haga infeliz, yo puedo ponerla en posesión de sus bienes, fomentarlos de modo que se cubran las apariencias y ninguno entienda que tenemos un amoroso compromiso; la tendré hecha una Sultana, ó si quiere la presentaré á la faz del mundo entero como mi querida y más de cuatro envidiarán su suerte; ¿qué sucede por fin, Jesusita? ¿admite mis propuestas? — ¡Nunca! le contesté llena de cólera. — Mire que le va á pesar su obstinación. — Lamentaré mi desgracia; pero no vendo mi honor. — Siquiera por el bien de esa criatura que vd. conduce á la miseria. — Esta criatura, jamás comerá el pan infamado por la madre. — Pues de mi cuenta corre sumergirla en la indigencia, nulificarla, abatir su orgullo y. . . — Sucumbiré pero con honra. — Entonces, ¡guerra, mujer infernal, guerra sin tregua! vd. me precipita. — Valiente hazaña, digna de vd. que es un vil, un prostituido y cobarde, y acabándome de amarrar las enaguas abandoné la cama. El no quiso darme tiempo de que me parara, y tratando de detenerme dijo: — Para que lo diga de veras,

mire. Y se me arrojó encima tratando de vencerme por la fuerza, en vano pedía yo socorro, y mi hija lloraba á grito partido, nadie pareció, aquel hombre frenético luchaba desesperado, yo cual una leona rabiosa me le abalancé, y afianzándole las barbas no dejé de estirar hasta que dominado me quedé con algunas en las manos y pude desprenderme de sus garras, me armé con un otate que servía de tranca y le di una tunda de palos tan regularona, que corrió como gallina para el patio todo desgarrado, arañado, y renegando, tropezando con lo que encontraba, hasta salir á la calle donde lo aguardaba un criado con su caballo.

Yo apenas pude, llena de fatiga, maltratada y temblando de cólera, llegar hasta el zaguán y atrancarlo presurosa, temiendo que tal vez armado ó acompañado de otros pícaros intentara volver, y por más que traté de averiguar quién le facilitó la entrada, nunca pude saber la verdad, este incidente abrevió los hechos y fué causa de que me lanzaran de mi propia casa. Desprendiéndome de algunas halajitas, malbaratando muebles y empeñando ropa, pasé algunos días, pero agotados mis recursos comencé á sentir las amenazas de aquel infame, con un sin fin de escaseces y después de mil afanes conseguía alguna friolera para comer, cosiendo ó lavando la ropa ajena que por conducto de una mujer que había sido mi lavandera, venía á mis manos.

Una vez llegó muy ufana con un gran envoltorio de ropa sucia diciéndome: — Ahora sí, niña, no se quejará vd., aquí le traigo hartos en que ganar. Le di las gracias muy contenta, contamos las piezas y luego luego, con mi chiquita de la mano, cargué con aquello y me fui para el Apantle; mientras que yo muy fatigada al reverbero del sol sentía el ardor de mis manos al refregar aquellos trapos, hebiéndome, por decirlo así, el sudor de mi rostro, mi hija cortando florecitas se fué subiendo para la ladera, le daba un vistazo de cuando en cuando y continuaba afanosa mi tarea; de repente llegó á mis oídos un grito de ella, me figuré que se había desbarrancado y me paré presurosa, corriendo para el sitio en que la había visto subir, gritándole: — ¡Angelita, Angelita! y con una mirada ansiosa devoraba todo el cerro, pero apenas había yo andado un corto

trecho, cuando me alarmó el ruido que hacía el galope de un caballo, encumbré llena de terror, y sólo pude percibir entre tanto matorral el sombrero forrado de hule del jinete que iba corriendo, y otro grito medio sofocado de mi hija. — ¡Me la roban, me la roban! exclamé corriendo en la misma dirección como una loca, un gran trecho; mas faltándome el aliento, flaqueando mis piernas y queriéndose salir el corazón por la boca, tuve que pararme apoyando mi cuerpo contra un palo sin saber si estaba en cielo ó en tierra, hecha una insensata, tal era la opresión de mi pecho y el trastorno de mi cabeza; por fin, tomé algún aliento, se agolparon las lágrimas á mis ojos y me puse á llorar como una Magdalena, no cabiéndome la menor duda de quién era el autor de aquella lamentable pérdida, pues conocía demasiado su pérfido corazón, y miraba mi impotencia para defenderme; á pesar de tanto como en ese momento ocupaba mi pensamiento, me acordé de la ropa que había dejado en el Apantle, y me volví para recogerla, yo no sé lo que sentí, ni lo que por mí pasó, cuando llegando al sitio en que lavaba, no encontré ni una sola pieza, todo había desaparecido excepto el pan de jabón que hallé por distinto lado, esto acabó de confirmar mi sospecha, de llenarme de pena, de aumentar mi tormento; me fuí derecho para el pueblo para avisarle á la lavandera y que me ayudara á indagar tanto de mi hija como de la ropa, mas ella no queriendo dar crédito á mis palabras, se fué á quejar al juzgado en donde el juez sin atender á mis razones, haciéndose el sordo á mis lamentos y burlándose de mis lágrimas, me mandó encerrar en la cárcel hasta que entregara la ropa que yo confesé haber recibido.

Yo no sé cómo no perdí el juicio, pues solo Dios á quien no dejaba de invocar, pudo darme fuerzas para soportar tan repetidos golpes en un instante, pues el pesar del robo de mi hija, el compromiso de la ropa, el bochorno de hallarme encerrada en aquella inmunda cárcel, me pusieron en un estado tal de embrutecimiento, que por pensar en todo, verdaderamente no pensaba en nada más que en llorar con muchas ganas implorando á la Divina Providencia, á la Virgen y otros santos; más de un mes estuve allí sufriendo el hambre y conociendo á las gentes que al verme en tal estado, no sólo se

gozaban en mi desgracia, sino que era el pasto diario de sus burlas y murmuraciones. no habiendo quien por mí se interesara más que el pérfido Alacrán que me llevaba algunos cortos socorros, amargando mi situación multitud de recados que mi cobarde enemigo me mandaba repitiendo sus ofertas, renovando sus ofrecimientos y terminando con sus viles amenazas; por último, me hizo creer el Alacrán que, rematando mis prendas y empeñando otras suyas, había contentado á los dueños de la ropa, y salí de mi prisión amonestada de no volverme á presentar en el pueblo. Entonces el Alacrán me instaló en un rancho bastante retirado, diz que con una tía suya, en donde continuó mi miseria, y á pesar de eso no perdía ningún instante en mis pesquisas, tuve una noticia vaga de que en otro rancho no muy cerca, habían visto á mi hija; emprendí mi marcha sin más avío que unas cuantas tortillas duras, un sombrero viejo de palma y descalza, por aquellas asperezas, llegué con mil fatigas al otro día, pasando la noche sentada en unas peñas, entre multitud de sabandijas, y cuando yo pensaba lograr al fin encontrar á mi hija idolatrada, me fué saliendo al encuentro el infame que ocasionaba mis desgracias, quien dando unas estrepitosas carcajadas me dijo: — ¡Qué linda peregrina! ¡hermosa pastoreita! ¿quién ha calzado tan pulido piecito? de veras que está encantadora, hechicera, seductora; ¡maldito sea su capricho! y si se mira en tan miserable estado, quéjese á su carácter vanidoso, á su orgullo; vd. misma tiene la culpa de sus padecimientos, quiso guerra, pues guerra, Jesu-sita, guerra en que jamás alcanzará victoria; no sabe vd. de cuánto es capaz un hombre cuando ofendido en su amor propio, ha llegado una mujer á ultrajar su rostro, á destruir sus doradas ilusiones, á contrariar su inclinación, á resistirse caprichosa por efecto de vanidad; he procurado hacerla venir para que de una vez terminemos tan odiosa y endemoniada contienda, por cuantos medios he podido ya le hice sentir algunas penas, y éstas son nada, en comparación de las que se le preparan; la tengo en mi poder, y estoy resuelto á no volverme á dejar burlar de vd., en mi poder también está su hija, y no volverá á verla hasta tanto no se me muestre condescendiente, dócil y acepte las proposiciones que tantas veces le he

repetido: ¿qué sucede, por fin? ¿qué resuelve? Yo primero me sorprendí al encontrarlo, después la cólera me sofocaba al escuchar sus burlas y torpezas, pero al nombrar á mi hija, las lágrimas me hicieron traición y á mi pesar, me puse á llorar, esto lo hizo concebir alguna esperanza, pues sin más preámbulos me trató de abrazar; al mirar que sus brazos me iban á estrechar, me llené de indignación, recordé sus infamias, y resuelta le di un buen empujón diciéndole: — ¡Apártese, grandísimo pícaro! Jamás logrará sus pérdidas intenciones. Y empecé á ver por todos lados buscando algo con que poder ofenderlo. — ¿Esa es su resolución, mujer obstinada? — Esa, señor caballero, ¡qué lástima que la ropa que viste encubra un pillo tan sinvergüenza, tan...! — Terminemos de una vez y no me provoque, ya le dije que su hija está en mi poder y nada me cuesta mandarla tirar en una sorteneja, darle un tiro, en fin vengarme en ella de los ultrajes de vd. si se empeña en despreciar mis propuestas. Esto acabó de encenderme en ira, ya había yo pensado hacerme de la espada que tenía en la silla de su caballo que á corta distancia estaba amarrado, y mi primer pensamiento fué metérsela antes que fuera á llevar á cabo su última amenaza; diciendo y haciendo, la saqué de la vaina y me arrojé sobre él, que azorado corrió para las piezas interiores cerrando las puertas y gritando á sus criados; aunque me dí mucha prisa sólo pude darle un puntazo por una nalga, y la hoja de la espada quedó cogida con las puertas que él atrancaba con su cuerpo, en la primera palanqueada se quebró, el muy gallina gritaba, y yo temerosa de que sus criados me atraparan, me retiré internándome por un sembrado, encontré un caballo flaco del guardacaña persogado á la orilla, y como soy media marota, le eché un bozal, me monté en pelo, y procuré dándole de mecatazos, ausentarme á todo trapo.

Al otro día que fué á verme el Alacrán, le regalé el caballo, y al contarle lo ocurrido me pareció que lo conmovía mi desgracia, por lo que echándome á sus pies llorando, le pedí que algo hiciera en mi favor, que me protegiera, agregando que no me daría por bien servida; esto último creo que lo obligó, pues levantándose me dijo con semblante aterrador: — No tenga

vd. cuidado, doña Chucha, cuente con su niña, yo la vengaré de ese maldecido catrín, yo le enseñaré á ser hombre y cumplir con su palabra; pobre de él si me sale con otro pito, el negocio corre de mi cuenta, ya basta de ser tan guaje. — ¿Pues qué piensas hacer, Alacrán, no vayas tal vez á obligar á ese hombre á que despechado mate á mi hija? — Eso menos, doña Chucha, yo me entiendo, y Dios me entiende; pero vamos á cuentas, señora amita, ¿si yo desde este momento tomo su defensa, de qué manera me corresponde mi trabajo? — Como quieras, Alacrán, como quieras. — Pues por ahora sólo quiero un abrazo, pero con ganas. — Treinta te daré, le dije llena de júbilo abrazándole con entusiasmo. — Ya puede rezar un sudario por el alma del amo D. fulano, me dijo desprendiéndose de mis brazos, mañana, en la noche vengo por vd. para irle á entregar á su niña, hasta la vista. Y se ausentó á pasos agigantados, sentándose después al pie de un roble. — De veras, decía el Alacrán hablando solo, que yo soy un bestia; ¿qué necesidad tengo de estar haciendo lo que el burro del sacatero? pues teniendo de mi mano á esa primorosa muchacha, se la dejo á ese pichicato que después de servirlo bien, me niega diez pesos miserables que le mandé pedir; yo también soy hombre, me cuadra lo bueno, la ocasión me favorece, pues aprovechémosla, yo voy á conseguir en un par de días, lo que el amo jamás alcanzará con todo y su dinero, ya está dicho, doña Chucha me debe favores, y algunos pesos hubiera dado mi patrón por el abrazo tan lindo que acabo de recibir; me la llevo para mis comederos, y allí la voy á poner como una reina, si no es que me la echo en la silla, y bien vestida se la paso por sus bigotes al patroncito, y después le doy su merecido por miserable, voy á juntar á mis muchachos y en caliente se pega el fierro; no vaya mi amita, mi adorada Chuchita á mudar de parecer. Se paró y siguió su camino.

Yo, guiada de curiosidad, me fui tras él á buena distancia, lo vi sentarse, y ocultándome por los matorrales estuve muy cerca oyendo su soliloquio, resuelta á no contrariar por lo pronto su determinación, y fingirle algún aprecio para que por esa causa mejorara mi situación. Al otro día volvió acompañado de otros cinco, todos montados en buenos caballos y bien armados; yo

conociendo sus instintos me demostré afable, me subí en su caballo, y sentándose en las ancas, partimos de aquellos sitios que me inspiraban horror. En el camino trató de tomarse algunas libertades que yo no consentí diciéndole: — No quieras madrugar, Alacrán, pues una torpeza tuya puede perjudicarnos á los dos, ya sabes que no me gusta un hombre grosero. — Perdóname, niña, me respondió, pero yo no puedo resistir á mi dicha, á mi... — Con paciencia se gana el cielo, lo dicho dicho, así que me entregues á mi hija, ya nos entenderemos. Y por no ofenderme se corrigió. Hasta cosa de la una del día siguiente llegamos á las palmas, y tomando descanso al pie de un jalocote grande, tendieron unas armas de pelo, nos pusimos á comer las provisiones que llevaban en las arganas apurando ellos á cada instante varias botellas de aguardiente, yo traté de cargarle la mano al Alacrán que se fué volviendo por instantes muy necio y confianzudo; por las conversaciones que tuvieron por el camino, sus fachas y maneras, conocí que mi situación empeoraba, pues estaba en manos de una punta de bandidos, hice de tripas corazón y me propuse disimular; luego que se levantó la gente aquella, les mandó el Alacrán ausentarse dízque por vigilar por varios puntos, pusieron sus armas detrás del árbol, atacaron sus caballos, y se retiraron sonriendo maliciosamente, entonces aquel maldito se me recostó encima y me dijo á tiempo que me hizo un cariño en la barba: — Conque lo dicho, dicho, ¿no, doña Chucha? le entrego á su chiquilla y me paga con lo que yo quiera, ¿no es eso? — Eso es, pero... — No empecemos con peros, yo le cumplo mi palabra como los hombres, ya pensé bien mi plan, le voy á poner á vd. su casa en San Lorenzo, y allí con su niña, vivirá con cuantas comodidades quiera; yo tengo motivos para darle al amo D. Fulano una metida, pues en cuando sepa que le he zopiloteado la dama, se ha de poner hecho un demonio y me ha de buscar ruido; pero nada me supone echarlo á roncar, quemarle sus haciendas y quitármelo de en medio, conque ya estamos arreglados, y ahora que ninguno nos escucha, déjeme con franqueza hacerle un cariño. Y trató de abrazarme, me retiré conteniéndolo y diciendo: No me faltes, Alacrán, si todavía no me cumples tu palabra, ¿cómo quieres obligarme á...? — ¿Pues qué falta, doña Chucha? mire, ahí detrás de ese cerro está el ran-

cho de las Tinajas, ahí está su niña, y dentro de un rato la tendrá en sus brazos... — Tú me engañas, Alacrán, eso es mentira, á mi hija la tiene D. Fulano, él me lo ha dicho. — Eso menos, quizás soy tan guaje, si me hubiera pagado como ofreció se la hubiera yo entregado; pero como se le figura que todo se lo merece por su linda cara, le he ganado con su juego, pero ya que estamos de acuerdo aclaremos paradas: yo le robé á vd. su chiquilla del Apantle, la ropa que le dieron á lavar sólo sirvió de pretexto para que la metieran en la tlapiloya; el amo ofreció pagarme bien, y es un pícaro que no sabe agradecer un favor. — ¿Qué no mientes, Alacrán? — No, señora, ya le dije, dentro de un rato verá á la niña, y por esta santa cruz lo juro que no la engaño, soy hombre y sostengo mi palabra. — Pues marchemos al instante, vamos. Y traté de pararme no dudando que aquel hombre decía verdad. El me contuvo de la ropa y abalanzándose me decía: — Venga, venga, no muera de ansia, ya le dije que se la entrego, y se la entrego, pero no se me muestre polinaria. — No abuses de tu poder, Alacrán, no me ultrajes. — ¿Qué no? otras más alzaditas la han llevado, no me obligué á que la maltrate. Luchamos un instante, se enfureció al ver mi resistencia, sacó una daga para amenazarme, quise quitársela y en las forcejeadas con ella misma se picó la cara, eso lo enardeció más, y ciego de cólera me tiró algunos cortes que recibí en el brazo izquierdo, á tiempo que con la mano derecha le eché un puño de tierra en los ojos, esto lo precipitó y blasfemando dijo: — Acabemos de una vez. Se me cerró y me dió una puñalada en el pecho á la vez que un fuerte aventón exclamando: — Esta víbora me ha costado más trabajo que el gachupin de su marido. Y se quedó restregándose los ojos, yo caí boca arriba adelante del tronco del árbol, al enderezarme vi los mosquetes, tomé uno y con cautela me le acerqué disparándolo lo más cerca posible en la mera cara; cayó redondo, aventé el arma y montándome en su caballo, corrí por donde primero pude, sus compañeros acudieron presurosos á mi alcance, yo me sentía desfallecer á cada instante, les había ganado terreno, pero las fuerzas me faltaban, creciendo mi aflicción al oír pasar junto á mí el silbido de las balas; en tan crítica situación, sólo recuerdo que al salir del monte vi por entre los matorrales flo-

tar unas banderolas azules, mi corazón respiró consolado, pero mi vista se me nubló de repente y diciendo ¡Jesús me ayude! caí del caballo sin sentidos. Lo demás, señores, ya lo saben, y ahora sólo me resta suplicarles por el amor de Dios, que no me abandonen; señor Astucia, generosos caballeros, escuchen las fervientes súplicas de una madre desconsolada, y llena de lágrimas. Y con las manos enclavijadas se hincó aquella pobre mujer, la levantó Astucia diciéndole: — ¿Qué es lo que quiere, señorita? mande y será servida, los Hermanos de la Hoja jamás hacen á medias sus servicios. — ¡Mi hija, señor! ¡mi hija de mi alma! para irme á México con ella mas que sea pidiendo limosna. — La tendrá vd., señora, dijo Pepe el Diablo, si acaso ese hombre no la engaño; ensillen, hermanos, las Tinajas no están muy lejos, saldremos de la duda, ya sabemos que se llama Angelita, déme sus otras señas. — Es huerita, caballero, con el pelo quebrado, ojitos azules, nariz afilada, tiene cinco años, así, así como de este alto, no les digo de su vestido, porque hace más de seis meses que me la robó el infame Alacrán; pero entonces llevaba unas enaguitas de indiana amarilla con olancito, un rebecito coyote, y unos zapatoncitos de gamuza color de tierra. — Pues andando que el sol se mete, dijo el Charro; tiempo perdido los santos lo lloran, son las dos y cuarto, exclamó; á las siete ú ocho de la noche estaremos de vuelta, ruéguele vd. á Dios, señora, que no echemos viaje de balde.

Se salieron todos dejando á aquella afligida madre encomendándose á la corte celestial, y mientras los cinco hermanos se fueron á buscar al gato en el garbanzal, Astucia dirigió á las cargas, á repartirles rama á una porción de infelices á quien les fiaba hoja. El rancho de las Tinajas estaba como dos y media ó tres leguas de distancia, rumbo al Sur, Pepe conocedor del terreno no quiso tomar camino derecho, sino que cortando por un inmenso huizachal pensó caer de sorpresa, y eso casualmente les proporcionó un buen encuentro, pues por aquellos magotes vieron venir á un sujeto en un caballo cuatralbo. — Si no me engaño, Pepe, dijo Tacho, este bicho que viene ahí es el mismo que el otro día se me hizo reloj entre los breñales, si su caballo es raboncito y espiguea ya no me cabrá ninguna duda. El hombre aquél luego que vió las banderolas azules se

puso descolorido, trató de cambiar rumbo y escabullirse atravesando el caballo metió espuelas, pero apenas lo vió espiguar Tacho cuando disparó su caballo y le marcó el alto presentándole al pecho la punta de su lanza. — Ahora sí no se me escapa, grandísimo pillo, le dijo, mira, Pepe, éste es de los que buscamos, y el mismo que me hizo corretear de balde mi caballo en el cerro de las palmas. — ¿Para dónde camina, camarada? preguntó Pepe. — Para San Vicente, señor. — ¿Y de dónde viene? — De las Tinajas. — Dígame, ¿no ha visto por allá una chiquilla que se llama Angelita, que el Alacrán se la llevó de Yautepec? — No, señor, no he visto nada. — No es ese el modo de interrogar, dijo Chepe botas apeándose y haciendo seña á sus compañeros. Unos se apearon también, y Alejo el Charro siguió andando desatando su reata, la atravesó en la rama de un hermoso guamuchil cimarrón. — Apéese que vendrá cansado, dijo el Tapatío cogiendo á aquel hombre de un brazo, y desprendiéndolo de la silla. — Camine por ahí, le dijo Tacho dándole un trancazo con el cabo de la lanza, y entre filas llegaron á donde Alejo los esperaba con su reata puesta y su caballo listo. — Señores, por la Virgen Santísima, decía aquel hombre temblando de miedo, no conozco á la chiquilla, no sé nada de ese robo, yo... Le metió Pepe una zancadilla y le lazó un pie con la gaza de la reata la que estiró inmediatamente el Charro, y quedó aquel hombre colgado haciendo mil esfuerzos con las manos y piernas libres buscando en vano un apoyo. — Si antes de que acabe de chupar mi cigarro, dijo Chepe botas, no me has cantado, canario, por vida mía que aquí mismo te destazo como carnero; dale otro tironcito, Charro, que se le quiebre siquiera la espinilla contra el palo mas que revientes la reata. — Por amor de Dios, señores, bájeme, yo confesaré la verdad.

Chepe lo tomó de los cabellos diciendo: — *Canta, pajarito, canta: ¿dónde está la niña?* — En los Tepetates, respondió con la cara amoratada por la sangre que le bajaba. — ¿Quién la llevó allí? — Yo. — ¿Cuándo? — Hace seis días. — ¿Y para qué? — Para llevársela al amo D. Fulano que me ha de pagar quince pesos. — Pues elige, ó nos la vas á entregar lisa y llanamente, ó te registro las tripas para ver lo que almorzaste. — La

entregaré, la entregaré, decía aquel miserable con la cara renegrida y los ojos inyectados. — Afloja, Charro, afloja. Y tomándolo de la cabeza impidió que se desnucara del cuerpazo que llevó en el suelo; en cuanto se recuperó lo hicieron ir adelante en su propio caballo diciéndole el Tapatío: — Mire, amigote, qué buena punta tiene mi lanza, no se le vaya á antojar correr, porque le hago cosquillas con ella, píque y arree, que ya lo seguimos.

Anduvieron cosa de una legua hasta llegar á unos miserables jacaluchos situados á la orilla del río que le llaman de Morelos en donde á la sombra de un guayabo estaban unas mujeres y varias criaturas encueraditas agrupadas, distinguiéndose luego luego la huerita con las enaguillas amarillas hechas un chirlo, muy sucia y enmarañada; las mujeres al ver llegar á su hombre escoltado, arrancaron á esconderse en un sembrado detrás de los ranchitos muy azoradas gritando: — ¡La comisión, la comisión! ¡Jesús nos ampare! Los chicos siguieron su ejemplo.

Pepe corrió ansioso á atajar á la huerita, que á imitación de las demás, partió también pegando de chillidos muy asustada, él temió que se le escapara entre los zacatonales y ella al verse perseguida quiso correr, mas los zapatoncitos hechos pedazos y desabrochados la maniataron y cayó al suelo sofocada de medio. La alzó Pepe en brazos, diciéndole: — Angelita, mi alma, no te asustes, venimos por tí, tu mamá, Jesusita, te espera, no llores, chula. Y redoblando sus caricias logró aquietarla, subió en su caballo, se la acomodó en la silla, diciendo: — En marcha, vámonos: — ¿Qué hacemos con este gallo? preguntó Chepe. — Aquí mismo lo colgaremos, respondió el Tapatío, para que espante á los cuervos que se vienen á llevar el maíz del Coscomate. Y se arrimaron á hacer la ejecución, al empezar á disponer los preparativos, comenzó aquel hombre á pedir misericordia, salieron las mujeres y criaturas de su escondite y empezaron á suplicar llorando todas á un tiempo, por lo que conmovido Pepe gritó: — Suéltalo, Tacho, y vámonos. — Cuidado con los Hermanos de la Hoja, dijo el Tapatío recogiendo su reata, agradezca la vida á las lágrimas de esas pobres mujeres y de esas inocentes criaturas. — No sea

sinvergüenza, valedor, añadió Chepe; si tiene familia, trabaje honradamente para mantenerla. — A las tres es la vencida, exclamó Tacho, cuidado con un descuido, porque si nos volvemos á encontrar por ahí, nos damos un topetón y no se me vuelve á escapar. — Tomen ese tostón para los cuatro, dijo el Charro á los chiquillos, cállense la boca y no lloren más. Adiós, mujeres, si sigue su hombre en su mañita, denle un bebedizo antes que lo vean colgado. — Adiós, señores, respondieron muy consoladas, Dios les dé su santa gloria, y comenzaron á regañar al del cuatralbo que tenía como por un milagro haber escapado de los charros á tan poca costa.

Desde que dieron las ocho, estaba la pobre madre inconsolable, llena de zozobra, contando los minutos que le parecían eternos. — ¿Qué habrá sucedido, señor Astucia? yo no sé por qué se me figura que no vuelvo á ver á mi hija. Y las lágrimas la interrumpieron. — Son las nueve y cuarto apenas, contestó, deseche sus temores, confie en Dios. — Sí, pero esta tardanza me da muy mala espina, caballero, y acrecienta mi cuidado. — Pues á mí me sucede lo contrario, señora, son capaces mis hermanos, si han tenido alguna noticia, de irse á sacar mas que sea del quinto infierno, si no es que se han encontrado algunos mañositos y se han entretenido en hacer racimos como el del Jalocote grande; voy á dar una vueltecita á mi carga y no dilato. Se salió con algún cuidado, resuelto que si á las diez no llegaban á ir con algunos arrieros en su busca, pues como iban nada menos que á la madriguera de aquellos bribones, bien podría haberles sucedido algún contratiempo, que les pusieran una emboscada, ú otra desgracia de las que no podían prever. Estuvo un gran rato inquieto, dando de vueltas por las pesebreras, cuando los venteó el perro y arrancó ufano á su encuentro, silbó y le contestó Tacho con diana anunciándole feliz viaje. — Toma este pedazo de ángel, le dijo Pepe dándole á la chiquilla dormida, envuelta en su manga, si no fuera porque soy padre y sé lo que duelen estas almorranas, no nos metemos en tal empresa; me ha rendido el brazo la pobrecita, y por no despertarla nos hemos tenido que volver clavo á clavo, anda á merecer las bendiciones de la madre, yo no tengo corazón para ver un lance de esos y mejor que llorar quiero

cenar. — Sí, á cenar, repitieron los demás. — Ya sabes, hermano, dijo Chepe, que lo que le des á esa señora es por todos. — ¿Cuánto le damos? — Lo que tú quieras. — No seas miserable, replicó el Tapatío, y se separaron. No hay palabras con que demostrar el gusto de aquella señora que al ver entrar á Astucia con el bulto, se arrojó frenética de gozo, la arrebató descubriéndola y llenándola de besos, la acercaba á la vela como dudando de que aquella fuera su hija, y sin acordarse de sus heridas la apretaba delirante contra su pecho lastimado, toda se desvendó, parecía una loca, le hacía mil caricias, corría á abrazar á Astucia, alzaba las manos al cielo dando gracias á Dios; y él extático la contemplaba oyendo sus desatinos, pues decía: — ¡Gracias, Virgen! ¡hija de mi corazón!... Te debo, un novenario. Y dirigiéndose á Astucia proseguía: — ¡Señor de los milagros, Santa Rita de Casia! ¡Ay! qué chorreadita estás, chula, y contemplaba á su hija. Así por este estilo, ensartó mil disparates, la dejó sola un momento y volvió acompañado del dueño de la rancharía; se le repuso la curación, y ya tranquila, iba á echársele á los pies comenzando á manifestar su agradecimiento, cuando la hizo sentarse y le dijo: — Como tal vez podremos dilatar, y vd. muy pronto se encontrará completamente restablecida, no queremos que por falta de recursos se vuelva á quedar expuesta por estos rumbos; este señor está encargado, y pagado ya para que con las comodidades posibles conduzca á vd. y su hija á la Capital, hasta dejarla en la casa de su tía, desde donde nos hará favor de escribirnos, tanto para saber cómo llegó, cuanto porque así nos justificará este hombre que supo cumplir con nuestro encargo; nosotros marchamos dentro de un rato, y para que no se vaya manivacia tenga estas seis onzas con que la auxilian los Hermanos de la Hoja, y además estas otras dos mías para que vista á su chiquilla. Adiós, Jesusita, que Dios le dé buena suerte, y mientras sepa ser honrada, mas que sea por capricho, orgullo, ó vanidad, no le faltarán hombres de bien que la socorran. No la dejó hablar, le dió un abrazo, un beso á su hija, recogió la manga de Pepe y se salió precipitado.

A las tres horas ya iban caminando, contándole Tacho las

ocurrencias de esa tarde; al mes que volvieron le fué entregada á Astucia la carta que exigió llena de mil agradecimientos terminando con estas palabras: — « Siempre, mientras viva, rogará á Dios que colme de bendiciones á los generosos Hermanos de la Hoja, á los caritativos charros contrabandistas de la rama. — Su agradecida servidora, María de Jesús N. de R. »

Esto fué comunicado al señor Garduño para que saliera de su duda, y así terminó aquel lance inesperado. Seguían muy constantes en su empresa, pero á pesar de todas sus precauciones, excusando los encuentros y valiéndose de mil estratagemas, á costa de muchos sacrificios y dinero, no dejaban de tener cada rato que ocurrir á sus ardidés, pues el Bulldog á la cabeza de cuarenta hombres bien montados, armados y pagados, diariamente les andaba siguiendo la pista, indignándose más y más cada vez que se burlaban de sus disposiciones, ó le hacían formal resistencia, pues cuando se encontraban sin modo de excusar un combate, echaban cargas á tierra formando con ellas la figura de una herradura, metían las mulas adentro para que no se las mataran, y en guerrillas se arrojaban sobre el enemigo con precipitación, valiéndoles ese atrevimiento siempre alcanzar el triunfo más ó menos disputado, pues mejores conocedores de los terrenos, todos diestros en el manejo de sus buenas armas, excelentes caballos, y lo que es más, muy decididos, pronto desalojaban al enemigo sin dejarlo de batir hasta que los correteaban un buen trecho y quedaba libre el paso, volvían á cargar las mulas, otros á reponer sus averías, ínter los demás vigilaban sus flancos y seguían impávidos su camino. Una noche al comenzar á subir la prolongada cuesta conocida por las Lajas, á causa de tanta piedra suelta en que abundan aquellos montes, los alcanzó á mata caballo el galgo de San Simón, diciendo que el Bulldog con veinticinco hombres venía á media rienda en su seguimiento: luego comenzó Astucia á formar su plan de defensa, calculando su tiempo y comprometida posición, tratando de aprovechar en su favor la obscuridad de la noche, y otras estrategias, como se verá en el tomo siguiente.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE

PRÓLOGO	ix
CAPÍTULO I. — Lencho el perverso. — D. Primitivo. — El pupilo. — Precipitada fuga. — El perdón.	1
CAPÍTULO II. — Lencho el reformado. — Amor primero. — Venganza por mano propia. — Reconciliación.	15
CAPÍTULO III. — Rapto. — La cueva de los Chagolleros. — El rentoy. — Probabilidades. — Desesperación. — Carbón de entrego.	42
CAPÍTULO IV. — Sorpresa. — Voló la paloma. — El padre adoptivo. — Noches toledanas. — Propósito. — Lorenzo el aguardentero.	71
CAPÍTULO V. — La sumaria. — Nuevo pretendiente. — El cofrecito. — Amor filial. — Comiso	91
CAPÍTULO VI. — La conquista. — Soliloquio. — La carta. — La bendición. — Consejos. — Mamar chichi.	111
CAPÍTULO VII. — El juramento. — El bautismo. — La rifa. — El jefe Astucia. — El amo y el criado	131
CAPÍTULO VIII. — Historia de Pepe el Diablo. — Bofetón sin mano. — D ^a Rufina. — La loca. — El clavel. — Jugar por tabla.	145
CAPÍTULO IX. — El secreto. — Celos. — Guerra á muerte. — La ganancia. — Los fingimientos. — El medio muerto. — El casamiento. — El Dedo de Dios.	169
CAPÍTULO X. — El nombramiento. — La declaración. — Justicia divina. — Hipertrofia. — Triste desengaño. — Protesta de amistad	199